

CAPÍTULO 1. *De cómo partieron los mexicanos de la provincia de Aztlan, movidos e incitados por la persuasión de un pájaro que cada día oían; y se cuentan las jornadas que hicieron haciendo*



SEGÚN LAS PINTURAS que los más curiosos de estos indios naturales tenían y yo al presente en mi poder tengo, parece que para venir del lugar primero de donde salieron, para éste, adonde ahora están, pasaron algún grande río o pequeño estrecho y brazo de mar, cuya pintura¹ parece hacer media isleta, en medio de los brazos que divide estas aguas, y dejando para otro lugar el sentimiento y parecer que tengo acerca de qué gentes sean estas que han poblado esta Nueva España, que es la causa porque trato de este sitio, digo ahora, que el fundamento que tuvieron para hacer esta jornada y ponerse en ocasión de esté tan largo camino, fue, que dicen fabulosamente que un pájaro se les apareció sobre un árbol muchas veces; el cual cantando repetía un chillido, que ellos se quisieron persuadir a que decía: tihuí, que quiere decir, ya vamos; y como esta repetición fue por muchos días y muchas veces, uno de los más sabios de aquel linaje y familia, llamado Huitziton, reparó en ello y considerando el caso parecióle asir de este canto, para fundar su intención, diciendo que era llamamiento que alguna deidad oculta hacía por medio del canto de aquel pájaro; y por tener compañero y coadjutor en sus intentos dio parte de ello a otro, llamado Tecpatzin y díjole: ¿Por ventura no adviertes aquello, que aquel pájaro nos dice? Tecpatzin le respondió que no. A lo cual Huitziton dijo. Lo que aquel pájaro nos manda es que nos vamos con él y así conviene que le obedezcamos y sigamos. Tecpatzin, que atendió a lo mismo que Huitziton, del canto del pájaro, vino en el mismo parecer y los dos juntos lo dieron a entender al pueblo; los cuales, persuadidos a la ventura grande que los llamaba, por lo mucho que de ella supieron encarecer los dos, movieron las casas y dejaron el lugar y siguieron la fortuna que en lo porvenir les estaba guardada.

Pero aunque todos eran de una misma generación y linaje, no todos vivían debajo de una sola familia, sino que estaban repartidos en cuatro. La primera de las cuales se llamaba mexicana. La segunda tlacochcalca. La tercera chalmea. Y la cuarta, calpilco. Otros dicen que estas familias eran nueve, conviene a saber, chalca, matlatzinca, tepaneca, malinalca, xochimilca, cuitlahuaca, chichimeca, mizquica, mexicana.

También dicen otros que aquel chillido, tihuí, sólo se oía de Huitziton y de Tecpatzin; pero que no se veía el que le pronunciaba. Pero séase lo

¹ Torquemada, lib. 1. cap. 10.

uno o lo otro que todo es fabuloso; lo que de aquí se infiere y saca es convenir todos en la salida por motivo de alguno que los incitaba. Salieron, pues, los aztecas, guiados por Tecpatzin y Huitziton de su tierra, en el primer año de su primer siglo (porque desde entonces comenzaron a contarle) y anduvieron algunas jornadas, en las cuales gastaron espacio y tiempo de un año; al cabo del cual llegaron a un lugar llamado Huey Culhuacan, donde estuvieron tres. En este lugar y sitio, dicen, se les apareció el demonio en la representación de un ídolo y diciéndoles que él era el que los había sacado de la tierra de Aztlan y que le llevasen consigo, que quería ser su dios y favorecerles en todas las cosas y que supiesen que su nombre era Huitzilopuchtli (que como en otra parte decimos es el que los gentiles llamaban Marte, dios de las batallas)² pidióles que le hiciesen silla y sitio en que le llevasen; la cual hicieron luego de juncos y ordenó que cuatro de ellos fuesen sus ministros, para lo cual fueron nombrados Quauhcohuatl, Apanecatli, Tezacohuacatl, Chimalman y los sumos supremos, que regían este coro, eran Huitziton y Tecpatzin, como caudillos de estas familias; lo cual todo se hizo con grande agradecimiento de los aztecas, viendo que ya no seguían su jornada a ciegas, sino que llevaban dios que los guiaba, a cuyos ministros llamaron theotlamacaztin y a la silla en que iba, teoycpalli y al acto de llevarlo a cuestras, pusieron theomama.

Con este principio que el demonio tuvo en este pueblo marchó de aquel lugar para otro donde cuentan había un árbol muy grande y muy grueso donde les hizo parar; al tronco del cual hicieron un pequeño altar, donde pusieron el ídolo, porque así se lo mandó el demonio y a su sombra se sentaron a comer. Estando comiendo hizo un grande ruido el árbol y quebró por medio. Espantados los aztecas del súbito acaecimiento, tuviéronlo por mal agüero y comenzáronse a entristecer y dejaron de comer; y suspensos con el caso los caudillos de las familias consultaron a su dios, el cual apartando a los que ahora se llaman mexicanos, les dijo: despedid a las ocho familias y decidles que se vayan siguiendo su viaje, que vosotros os queréis quedar aquí y no pasar adelante por ahora. Hiciéronlo así los mexicas y aunque con dolor de dejarlos los otros, por ser todos hermanos y familiares y no valerles sus ruegos, pidiéndoles que se fuesen juntos, dejáronlos y fuéronse siguiendo su camino.

Apartados ya los unos de los otros, los mexicanos con quien se había quedado el ídolo y dios Huitzilopuchtli, fuéronse a él y dijéronle: que ¿qué determinaba hacer de ellos? Entonces el demonio (que dicen hablaba por boca del ídolo) les dijo: ya estáis apartados y segregados de los demás y así quiero que como escogidos míos, ya no os llaméis aztecas, sino mexicas, y que aquí fue donde primeramente tomaron este nombre de mexicanos; y juntamente con trocarles el nombre les puso señal en los rostros y en las orejas un emplasto de trementina, cubierto de plumas, tapándoselas con él; y dioles juntamente un arco y unas flechas y un chitlatli (que es una red donde se echan tecomates y jícaras) diciéndoles que aquello era lo que había de prevalecer en ellos; y es así porque el arco y flechas son insignias

² Lib. 9.

de guerreros y ellos juzgaron que les quiso decir en esto, que con arco y flechas y armas militares habían de vencer a muchos enemigos y hacerse señores de grandes provincias y reinos. Y en la red, dicen que significó el lugar y estalaje donde habían de parar, que es esta laguna mexicana, en la cual luego que llegaron se hicieron pescadores. Con estas insignias volvieron a proseguir su camino, habiendo antecedido las ocho familias dichas, viniéndose ellos poco a poco.

CAPÍTULO II. *Que prosigue la venida de esta gente mexicana hasta el sitio y lugar de la ciudad de Tulla*



EL LUGAR DONDE SUCEDIÓ el caso referido en el capítulo pasado se llamaba Chicomoztoc, que quiere decir, sitio y pasaje de Siete Cuevas; en el cual lugar estuvieron nueve años y de aquí queda averiguado cómo no tienen los mexicanos y todas las demás naciones y familias, que vinieron a poblar esta Nueva España, su origen y principio de estas Siete Cuevas; por lo dicho hemos visto que no es sino sitio donde se ranchearon por espacio y tiempo de nueve años. Por lo cual el padre Acosta,¹ no teniendo cumplida relación de la legítima sucesión de ellos, dice en el libro séptimo de su *Filosofía moral*, que de estas Siete Cuevas tienen su origen, ni tampoco dicen absolutamente los indios que cueva quiera significar su origen y descendencia; al cual sigue Antonio de Herrera,² cronista mayor de las Indias, en el libro segundo, década tercera, capítulo décimo. Y lo mismo digo del historiador Gómara,³ en el libro que intitula: *Conquista de Mexico*, donde dice que los mexicanos salieron de un pueblo llamado Chicomoztoc, y que todos los mexicanos y nahuatlacas nacieron de un padre, dicho por nombre, Iztacmixcohuatl; pues (como adelante veremos) no se verifica lo que este autor, en este lugar dice; y dejando los tres en este lugar, hasta que los encontremos en otro; pasamos con los mexicanos de estas Siete Cuevas a otro lugar, llamado Cohuatlycamac, donde estuvieron tres años.

En este lugar, dicen, que usó con ellos el demonio de un caso que aunque en sí mismo no era nada, fue de grande contienda para todos y fue que en medio del real y alojamiento parecieron dos quimiles, que son dos pequeños envoltorios; y deseosos de saber lo que dentro tenían cubierto, llegaron a desenvolver el uno, dentro del cual vieron una muy rica y preciosa piedra, que resplandecía con muy claros visos de esmeralda; y como la vieron tan rica, embazaron todos en miralla; y codicioso cada cual de haberla se dividieron todos en dos bandos. Viendo Huitziton (que se halló presente y era el que los capitaneaba) que contendían, sobre cual de los bandos había de llevar la piedra les dijo: admirado estoy, mexicanos. de

¹ Acosta, lib. 9.

² Herr. lib. 2. Década 3. cap. 10.

³ Gom. Hist. General.